

Maldito

Fernando Lana Moliner

La luz del sol de mayo se refleja en su tez fuliginosa mientras, sin parpadeo alguno, sus pupilas observan el desfile de las víctimas. Lleva un buen rato aposentado en esa mesa del bar, justo enfrente a la estación. Es la mejor ubicada, la que siempre elige y donde comenzó a urdir su plan. El calor aprieta y los clientes de las otras mesas inclinan la palma de la mano a modo de visera, para no perder detalle de la tragedia que, con unas puertas de hierro negro como telón de fondo, allí se representa. En su rostro, sin marca de sudor, ningún músculo ha osado contraerse, alarde del que se jacta y que le confiere un aire de serena frialdad. Ha madrugado anticipando esta escena que tantas veces se había figurado. Un espectáculo de verdad, de carne y hueso: padres, huérfanos, viudas, cadáveres vivientes arrastrando los pies junto a la fachada de la estación de França. No puede haber mayor gloria para un artista, contemplar en directo tu obra maestra, como Nerón cuando, desde la colina Palatina, dirigió aquel concierto sublime de llamas, crepitación y humo.

Una mujer mayor ha encendido un par de velas. Luego, las dos niñas que la acompañan han depositado un ramo de flores silvestres. Ella las estrecha contra su cuerpo encorvado. Es la abuela de Manresa, la plañidera a la que entrevistaron ayer en

TV3. Nada ha cambiado. La gente no aprende, la vida tiene consecuencias. Siente el mismo desprecio que cuando su abuelo le enseñaba aquellas viejas fotografías: señoronas enlutadas con sus mantillas, sirvientas con delantal y pañuelo, mozos con uniforme de soldado, todos gimoteando. El abuelo era débil, por eso nunca pasó a la acción como lo hizo el propio abuelo del abuelo —su tatarabuelo—, el 7 de junio de 1896. Este sí que fue un maestro, tenía escrúpulos morales —un defecto menor que él no había heredado—, pero ¡amigo!, ¡lanzar una orsini en plena procesión del Corpus Christi! Y, después, ¡échale un galgo! A él tampoco lo capturarán, aunque, a diferencia de su tatarabuelo, ha decidido quedarse: quiere ver con sus propios ojos el colofón.

La letanía silenciosa de lamentos continúa su súplica, una plegaria laica que busca en la muchedumbre un consuelo que no halla en la soledad de los hogares destrozados, sin sospechar que su dolor alimenta pasiones inimaginables. Más allá de estos anchos escalones, abajo, en la acera de enfrente, alguien esboza la media sonrisa del triunfo y, mientras contempla su paso quedo, se relame con la mirada orgullosa del que se siente elegido para la gloria. De repente, un gemido se desgarrar entre la gente. Es un hombre maduro, ha perdido todo control y sus entrañas gritan sin cesar como si, guiado por un instinto primario, esperara que tanta desesperación pudiera conmover a quien sea que mueve los hilos del destino. Él lo ha reconocido de inmediato. Es el mismo que en La Vanguardia de ayer exigía todo el peso de la ley para el autor de la masacre. «¿Y ahora qué?», se dice mientras lo observa por encima de la taza de café. «Sí, yo soy el autor, ¿y tú?».

Anoche, mientras la televisión mostraba las imágenes de la barbarie unas angulas se deshacían en su boca. El periodista estrella de la cadena analizaba los detalles del atentado. Se había seleccionado una estación de ferrocarril venida a menos, la estación de França, para burlar con facilidad su escasa vigilancia. También la hora había sido calculada con precisión: a las 12:07 a.m., todos los andenes debían estar ocupados por trenes recién

llegados o a punto de efectuar su salida. Pero lo más cruel había sido la elección de las víctimas: «¿Cómo se averigua que un instituto de Mataró va a venir de excursión a Barcelona?», se preguntaba el célebre presentador. «¿Cómo? Simple, querían celebrar el veinticinco aniversario de las Olimpiadas; la plebe gusta de la fiesta», replicó a la figura digitalizada en la pantalla. Probó de nuevo aquel excelente Veigadares y, mientras devolvía la copa a la mesa, añadió: «Tú no te habías enterado, ¿verdad?, sabihondo». El periodista ahora se disculpaba: «Siempre decimos lo mismo, me dirán, pero es inevitable preguntar cómo un ser humano puede ser tan insensible, cómo se puede asesinar a cientos de adolescentes con tan calculada frialdad. Afortunadamente, la bomba que iba a estallar en la cabecera del andén no se activó, hubiera masacrado a todos los que huían despavoridos». Se limpió, pensativo, el chocolate de los labios que le había dejado el último Leonidas. No tenía noticia de que alguien más llevara otra mochila, que hubieran tramado una acción compartida. «Traidores, se van a enterar», sentenció. Se puso en pie de un salto, se sirvió una copa de Calvados y levantó la voz: «¿Cómo?, parece tonto el guaperas. Montar una bomba requiere finura, temple, concentración. No se distrae uno pensando a ver si falla algo, pobrecitos, a ver si algo mitiga el impacto. No, imaginas que caerán como moscas, la estampida, el desconcierto que lleva a la aniquilación de unos seres insignificantes. Algunos dudan, sí, es por la culpa que inoculan las madres cuando eres niño, tan difícil de erradicar. Esos merecen que les explote en las manos».

Levanta la mano y el camarero lo atiende con la diligencia que merece un cliente habitual que deja buenas propinas. Es la lógica del sentido común la que se ha perdido. Un artista primero imagina, planifica, diseña su obra, luego, la ejecuta con destreza y maestría. Detesta la ignorancia, pero más aún la chapucería, el parche, la ineptitud que lleva años corrompiendo la civilización. Él es diferente. Inadvertido en el hall de la universidad lanzó la mochila por una de las ventanas desde las que se otea el trajín de

la estación. Las que están ubicadas en lo más alto del muro que separa ambos edificios, al entrar en los andenes a mano izquierda, tan altas que nadie se fija en ellas. Igual que nadie sospechó de él cuando entró por la puerta lateral que da acceso a las dependencias universitarias, la situada en la prolongación del Paseo Picasso, el que circunvala la Ciutadella de Barcelona. Como otras veces, el único requisito fue sonreír amablemente a una recepcionista aburrída detrás del mostrador. Tampoco nadie miró hacia arriba, donde él estaba, cuando dejó caer la mochila en el centro del andén, en medio de la muchachada. Los adolescentes se lanzan las mochilas al aire unos a otros cuando van de excursión. Nadie sospecha nada de esto, la policía tampoco, tardarán un poco más en averiguarlo. Todavía creen que la mochila la llevaba un simpapeles que viajaba en el coche de los colegiales. Sonríe, autocomplaciente, mientras pide el segundo café del día, este, siempre, de Costa Rica.

Los otros, los que lo creen suyo, los que han reivindicado el atentado, tampoco lo saben, continúan pensando que se inmoló. «Se creen muy listos. Imbéciles. No se puede sacrificar a los mejores. Puedes sacrificar un peón, un caballo, incluso una torre, pero no a la realeza». Él sí que sabe quién es. Un verdadero cazador, dispuesto a sacrificar la vida, pero no de cualquier manera. Se ha elevado sobre la raza humana. Ya no lo domina el desprecio hacia esos seres adocenados que reciben el merecido final a una vida anodina al servicio de los privilegiados de siempre. Tampoco tiene credo ni ideología. Lo guía la más simple ley natural: las especies elegidas sobreviven; las inferiores, desaparecen. Solo hay un dilema pendiente: esperar su lenta agonía o tomar la iniciativa, acelerar y transformar el futuro en presente.

Una ejecución limpia y silenciosa es la que el camarero presencia cuando se dispone a devolver el cambio. Un individuo con pasamontañas dispara un tiro en la nuca a un hombre que lleva tiempo sentado en la mesa de un bar, enfrente de la estación. Lo remata y se dirige sigiloso hacia la calle Comerç, donde lo

espera una moto de gran cilindrada. El hombre que sujeta una bandeja metálica sobre la palma de su mano siente que un inesperado desasosiego amenaza el precario equilibrio de unas tazas, de unas copas que no dejan de tintinear. Observa el cuerpo tirado en el suelo, desmadejado al lado de su mesa habitual, y siente una pena inmensa. No entiende nada, demasiado dolor concentrado en tan escasos metros, en tan pocas horas. Ni siquiera puede aún considerar si el terrorista, el autor de la masacre de la estación de França, ha recibido su merecido. Necesitará tiempo; siempre se necesita. Quizás llegue a pensar que la maldad puede ser útil: ya que no se puede evitar la pervivencia de la misma, al menos que se autolimite. El maldito asesina inocentes, pero también, y esa sería su utilidad, elimina a los que son de su condición, a la espera de que otro lo elimine a él mismo. Gracias a ello, quizá, la humanidad ha sobrevivido.